



no Mayor de 'El Prendimiento' y durante la Procesión del Entierro tuvo que desfilar con la banda de música. Por ese motivo, yo le sustituí». Tras la Guerra Civil, en 1942, 'El Beso de Judas' recibió su nueva talla, obra de Luis Marco Pérez. Al igual que en la mayor parte de hermandades, aquellos primeros años fueron especialmente difíciles. «Tuvimos que hacer una recopilación de gente porque la hermandad tenía poco más de veinte hermanos y la mayor parte de ellos superaban los setenta años. Recurrimos a hermanos y amigos que, muchos de ellos, no eran ni de la Hermandad. Tampoco teníamos túnicas y en esa primera procesión, la de 1942, salimos con túnicas moradas de 'El Jesús de las seis de la mañana', con sus banzos, con sus andas y con sus horquillas», explica Cabañas que, años después, sería secretario de la Junta de Cofradías.

Ernesto Pinós 'debutó' en la Semana Santa de Cuenca después de la Guerra, «con túnica y tulipa» cuando su padre, primer secretario de la Hermandad tras la contienda bélica, era bancario perpetuo de 'El Jesús', *paso* que, apunta, «fue pagado por la cofradía». Como anécdota, Pinós recuerda cómo «Marco Pérez tenía la imagen hecha pero le faltaban por cobrar mil duros y no se fiaba de los de 'El Jesús'. Finalmente se reunieron en el Casino y se pagaron porque si no 'El Jesús' no salía del taller de Marco Pérez». Con el tiempo, pasaría a ser bancario de 'La Verónica' tras pagar «15 duros».

Años difíciles

Todos los contertulios coinciden en que el principal problema que se presentaba en aquellos primeros años de la reconstrucción de la Semana Santa fue la falta de recursos económicos. Por supuesto, en la reunión salieron a relucir los nombres de aquellas personas que, en un primer momento, trabajaron incansablemente por devolver a los desfiles procesionales su antiguo esplendor. Manuel Sáiz, Carlos Albendea, Emilio Sáiz, Antonio Benítez,... estuvieron constantemente en la mente de todos. Sin estar constituidos oficialmente, los presentes los consideran como los primeros integrantes de la Junta de Cofradías.

Aurelio Cabañas quiso tener un recuerdo especial para Manuel Sáiz

Abad de quien dijo «estar siempre dispuesto a poner dinero de su bolsillo, a firmar el aval,...» y ser un hombre «que tenía muchas ideas, unas buenas y otras menos buenas pero si le decías que no te parecía bien, inmediatamente te daba la razón y la desechaba». Salió entonces a colación la adquisición del actual edificio de la Junta de Cofradías. El propio Cabañas rememora cómo, por entonces, el presidente de la máxima institución de la Semana Santa era Martín Garcés Masegoso. Fue necesario que Sáiz Abad firmase un aval, además de que «Vicente Pardo, uno de los propietarios, tampoco apretó mucho ya que si no, no habría sido posible adquirirlo. Se pagó como se pudo».

Jesús Ortega fue más allá al afirmar que «el verdadero alma de la Semana Santa de aquellos años fue Manuel Sáiz Abad, que vivía todo el año para ella». Cabañas contó que «ibas a su tienda, que era una hojalatería, y lo que más se veía eran tulipas, escudos, guantes,... del San Juan». También le atribuyó la idea de «formar un grupo de turbas ordenado. Los puso en fila y los vistió de samaritanos... y cuando vinieron las turbas de verdad de acabó aquello». Ernesto Pinós recuerda cómo, «a la altura de las Escuelas Aguirre todos se quitaron el traje menos José Aguilar que siguió vestido de fariseo».

La pobreza generalizada era el primer problema con el que se encontraban los primeros nazarenos de la posguerra. Pinós recuerda cómo su padre, «habilitado de los practicantes», mandaba las cartas a los practicantes con unos sellos sin valor postal que había emitido la Junta de Cofradías. «Nadie protestaba». Pero no fue esta la única fuente de recursos de la 'Junta de Cofradías': verbenas, estampas de todo tipo, almanaques, rifas,... servían para conseguir el dinero suficiente para poner las imágenes en la calle.

Las propias cofradías tenían muchos problemas para recuperar los enseres procesionales perdidos. La colaboración desinteresada de muchos hermanos con mayores posibilidades y la flexibilidad, por otro lado obligada por las circunstancias, que ofrecían los artesanos para cobrar los trabajos realizados posibilitaron que, poco a poco, pudiesen elaborarse nuevos enseres para los desfiles. Tampoco faltó en esos primeros años el